

# Semblanzas de poetas modernistas

**Aristides Moll Boscana<sup>1</sup>**

## **Díaz Mirón**

Fue el águila, fue el león que un día llenó con su grito imponente y apasionado la selva de la poesía americana. Dueño de una lira de oro, los pueblos que en la lengua de Castilla han aprendido a balbucear sus pensamientos escucharon maravillados su estrofa rotunda por ninguna superada en majestad y gloria. Cuando él cantaba, las frases parecían cobrar en sus labios nuevo prestigio, y los ánimos extáticos<sup>2</sup> se recogían, creyendo sorprender en otras regiones diálogo semejante a este, trocado entre espíritus:

Zorrilla meditabundo: ¿Quién es ese ruiñeñor?

Castelar transportado: El hijo de Víctor Hugo.

La aparición del vate mejicano en la lírica española tuvo algo de magnífico. Como los caballeros cruzados llegaba de tierras lejanas, harto de triunfos y anhelado por las trompetas vocingleras. La ocasión por otra parte era propicia. Volvían los ojos hispanos a mirar al Nuevo Mundo. Los españoles se acordaban de que habían sido nuestros padres para aplaudir las fantasías de nuestros poetas. (América

---

<sup>1</sup> Aristides Moll Boscana (Adjuntas, 1885-Berkeley, E.U., 1964). Las semblanzas que divulgamos en esta sección se escribieron exclusivamente para el periódico *La Democracia* en 1906. Aparecían suscritas por Aristides Moll, sin el apellido materno. Ya se sabe que este poeta solamente publicó un solo libro, titulado *Mi misa rosa* (1905). Josefina Rivera de Álvarez lo describe como voz “de rango secundario en el conjunto de las letras puertorriqueñas”. Publicó, además, un poema titulado “Por las sendas del cielo”, que recrea el mito de Faetonte. Recientemente en 2012, Ramón Luis Acevedo ha editado *Mi misa rosa*, bajo la editorial Terra Nova.

<sup>2</sup> Extáticos: extáticos.

no tiene prosadores.) Los modernistas no habían aún llegado; por las riberas del Guadarrama empezaba a conocerse, gracias a la labor benemérita de Menéndez Pelayo, el vuelo clásico de los viejos condores<sup>3</sup>, Bello, Olmedo y Andrade; Valera, con su estilo inimitable, entre irónico y entusiástico, celebraba a Pombo, a Obligado, a Camargo y a todo el que le mandaba sus libros en nombre de la fraternidad hispano-americana; fue en ese instante, cuando las intimidades domésticas del señor Peza encontraban lectores fervientes, que surgió bruscamente como un cometa en el cielo de la fama el canto deslumbrante “A Gloria”. La pedrería del vate andaluz, Reina, palideció ante el lujo ostentoso del joven paladín que parecía haber descubierto en moderno El Dorado minas inagotables de rubíes, zafiros, esmeraldas y diamantes para derrocharlas con la fastuosidad de un príncipe y el gusto elegante. Y España, conquistada –era tan hermoso todo aquello– batió palmas.

Fue el águila, fue el león de la poesía americana. Y hablando de Díaz Mirón, hay que amontonar los pretéritos, porque este épico de la forma, este debelador del idioma, a quien por ratos prestaron los ruseñores música, furores el Océano, acometividad los huracanes, sonoridad las cataratas y Helios mismo el esplendor de su diadema real y divina, ha cometido la más triste de las apostasías: ha negado su obra.

Él sí; él, que, gracias a su imaginación de fuego, pudo escalar las cumbres escondidas por Hugo en las alas de su genio; él, de cuya lira han brotado las armonías más ricas, los acordes más sublimes, las voces más encantadoras; en un día, fúnebre para las letras como para las religiones lo fuera aquella noche en que un apóstol negara a su maestro, este monarca dio un puntapié a su trono, desgarró la púrpura que se honraba en sus hombros y, lanzando la lira cuyos cantos asombraran a un mudo, clamó con el acento de un chiquillo malhumorado, él, rey entre los reyes del harpa: Qué feo era todo eso! Qué había hecho Díaz Mirón? Acababa de escribir el prólogo de *Lascas*.

---

<sup>3</sup> Condores: sin acento. Es normal en la época.

Dos palabras llamaba él a aquel carcaj de flechas asestadas contra sus propios hijos. Vemos algunos. *Mis primeras poesías fruto fueron de mi adolescencia fogosa é inexperta que siempre tratando de modelar deidades confeccionó frecuentemente bausanes.* Y mientras él habla desfilan en un tropel desolado, huyendo a esa voz severa, las cantantes estrofas a Lilia, el clamor compasivo de los Parios, el himno a Hugo. Ahí también pasan los versos a Gloria, con su belleza augusta, la amonestación tremenda a las Puertas, los madrigales a los ojos de esmeralda y oro. Oh lenguajes armoniosos, himnos suaves, alegrías de la lira!

América contempló absorta aquella abdicación. El autor de *Azul* debió sonreír piadosamente al ver a su hermano ilustre ceñirse una vistosa dalmática de paje para entrar en la comitiva modernista. Desde aquél instante las tinieblas compasivas de un eclipse cubrieron al renegado. No se volvió a oír el galope triunfal de las cuadrigas de endecasílabos al arrastrar la áurea carroza de su verso. La inspiración que gozaba acariciando la frente de ese mejicano de cabellera amarañada se ocultó asustada. El Niágara pudo rodar en paz, seguro de que nada en adelante rivalizaría la gloria de su aparatosa caída. El poeta se había engañado. Ignoraba que es mil veces preferible el fiero grito del cóndor, dueño de los aires, el concierto del pájaro burlón que en las soledades de la selva americana imita salves de ruiseñor y graznidos de cuervo. Díaz Mirón debió amar más su genio y proseguir en su cumbre. O es que acaso no hay amor para sus nidos en el corazón de las viejas águilas?

Pero no cabe el arrepentimiento en esa alma extraviada? Quién sabe! El dolor que para los espíritus como la reja los campos, puede producir desvíos momentáneos. En los tiempos de la rectificación del vate azteca, la fatalidad, envidiosa de su verbo, acababa de cernirse sobre su cabeza. Algo de ese trágico episodio aún nubla la mente del poeta. En visita resiente un admirador le oyó decir con voz nerviosa «No soy un guapetón de barrio, sino el hombre acometido por la vida en uno de sus gestos más hostiles. Estoy condenado a no poder ceder la acera a nadie, porque ese día creyendo que tengo miedo estoy perdido» Y yo he pensado al leer esas frases que pintan un alma conturbada en los retratos que de ese triste me han llegado:

Alto, excesivamente delgado, con un brazo enfermo retorcido hasta atrás, rostro escuálido y como devorado por la fiebre, melena alborotada cayendo sobre una frente en constante ardor, ojos de iluminado o loco, manojos de nervios el todo que parece que ha de hablar mejor por gestos que por palabras. Y me lo figuro recorriendo la estancia a grandes pasos, un león enjaulado, mientras de sus labios escapan frases entrecortadas y pensamientos sublimes.

Díaz Mirón ofrece un nuevo libro. «Tendrá todo el preciosismo de *Lascas* unido a la sonoridad de mis primeros versos», escuchó de su boca Emiliano Tejera, el escritor venezolano. El nombre parece un toque de gloria: *Triunfos*. Digno sea del éxito que esperamos.

Y ahora, Poeta, no olvides que estás en deuda con nosotros que amamos tu genio, no olvides que de ti exigimos cosas regias y maravillosas. Tus manos, Artífice, sólo pueden cincelar joyas impecables; enhorabuena que fundes armas para los combates, si eso te place, pero tú eres artista y tu labor tiene que subyugarnos. Danos, pues, tu libro de nombre grato y grande. Y que el ánimo extasiado aprese en las comarcas donde viven tus hermanos de la lira este coloquio:

Zorrilla o Núñez de Arce. ¿Quién es ese rruiseñor?  
Gutiérrez Nájera o Casal. Calla ¡es un águila!

(Exclusivo para LA DEMOCRACIA.)<sup>4</sup>

### **Gutiérrez Nájera**

El mar sagrado de la rima. Es un bello día de Primavera. Pasa un barco y otro barco y otro barco. Rompe majestuosamente las olas la enorme nave indostánica de Leconte de Lisle; oímos una música encantadora y cruza por nuestro lado el esbelto trirreme en que el orfeida<sup>5</sup> Shelley zarpara de Atenas; Gautier rige indolentemente su galera oriental de velas de raso; aproximase tremenda carabela española

---

<sup>4</sup> *La Democracia*, "Díaz Mirón", año XVII, número 4, 483, 11 de septiembre de 1906; p. 4.

<sup>5</sup> Orfeida: neologismo derivado de Orfeo.

armada en guerra y reconocemos a Núñez de Arce en el timón, y por el mar sagrado pasa un barco y otro barco y otro barco. Un brillo de oro inunda de repente las ondas, y ante nosotros alza su hechizadora costa la isla Afortunada de la fantasía, la Sión de los bardos, la Corbe de los espíritus. Bosques de laureles y naranjos; palacios de mármol, ruiseñores que cantan, ríos de leche y miel y vino; ninfas que hacen oír sus voces armoniosas. Un anciano, hermoso ciego de barba blanca, sonrío en la orilla.

En el aire suave y perfumado cabalga su canto divino y vemos rizar la corriente tranquila una yola azul, velamen de seda y remos de plata, que se acerca, se acerca a la isla encantada, dócil como un can a la voz de su amo. El canto divino continúa y vemos al cantor. Es joven, y desde la proa del buque, con ojos codiciosos, atisba las rosas de la playa, las mariposas que vuelan, el cielo azul y claro, las hermosas que cantan y que lo saludan agitando sus manos blancas y frescas... De repente cesa el canto y habla preguntando: dónde está la taberna de las rosas? Las ninfas se ríen.

Así pasó Gutiérrez Nájera por la vida en un delicioso sueño, cantando de las flores, flotando naves. Vaivén para los océanos turquí, trovando las dulzuras de la existencia y persiguiendo por glorietas fantásticas hadas y princesitas para divinizarlas en sus versos. Ellas agradecidas vertieron en el alma del poeta licores aurorales, vinos de primavera, elixires de ternura. Y él se embriagaba con ellos. Y por eso sus versos fueron leves, finos y armoniosos como búcaros de claveles jóvenes.

A ratos un brujo envidioso escanciaba a hurtadillas en su ánfora un sorbo del licor del desengaño; trasvasábalo él en uno de sus cálices preciosos y se disponía a ofrecerlo; pero arrepentido al instante, perfumaba el vaso con uno de sus bálsamos suavísimos, y la gente se encantaba de apurar aquel vermou<sup>6</sup>th espiritual, sabia fusión de tristeza y goce, donde el Dolor aparecía vestido con cascabeles de oro.

Nadie pudo rivalizar con Nájera en el primor del lenguaje. Nada de trompetas clamorosas para él; nada de claveles de sangre; nada de palmas de victoria. Estoy seguro que el águila le parecía un animal

---

<sup>6</sup> Vermouth: tipo de vino.

bastante feo y el rugido de un león un ruido desagradable. El estridor de los clarines debía crisar los nervios a este pulsador de la blanda cítara. Si queréis complacerle, llevadle como flores nardos y rosas, de las esencias ylang ylang<sup>7</sup> y violeta; de las aves tórtolas y golondrinas; como amada una virgen pálida de cabellos de oro y ojos de cielo.

El modernismo que se hizo austero entre las manos fuertes de Guillermo Valencia tomó su apariencia más amable bajo la presión tenue de este artífice. Muchos reacios a las nuevas tendencias las amaron en las producciones del vate que denotara un suspiro como un beso que no se dio y sabía tejer cestillos primorosos de cambute-ras para las frágiles manos de chiquillas y de artistas. Cuánto tesoro desparramado en esas páginas triviales, sí, pero llenas de gracia, ingenuidad y frescura! No era a humo de pajas que Martí hablaba de verso milagroso con referencia a la obra del autor de *El Disco*. Bien sabía el mártir cubano, cincelador de frases también él, que su amigo se entretenía, como el hada de un cuento infantil, en buscar entre las honduras del idioma joyas de matices pálidos para engarzarlas en trémulos collares.

La labor de Nájera es toda delicadeza. Hay en ella una especie de encanto íntimo que enamora y subyuga. Fue el primero y tal vez el único que en América supo decir cosas frívolas bellamente. Nada le parecía indigno a este Orfeo de su estrofa con tal que fuese pintoresco. La niña de la blanca enagua que miraba con una flor en la mano correr el río rumoroso, las abejas que volaron un día sobre la ruda zampoña de Altamirano; el amigo que renunciaba a los fáciles placeres; todos inspiraban igualmente a este exquisito, que prodigaba generosamente sus sonrisas.

Con el tiempo la jovialidad se va amortiguando; el bandolín sonoro de Banville se trueca por el violín de Musset y hasta las hadas parecen ahorrar más sus visitas; la selva del ensueño asoma privada de muchas de sus frondas; el caballero sigue sonriente, trata de inclinarse para tronchar las rosas; pero a través de la túnica de seda se ve el corazón herido. Entonces es que pregunta ansiosamente.

---

<sup>7</sup> Ylang Ylang: planta aromática de Indonesia.

«En su gran bolsa de cuero,  
Mi buen amigo el cartero,  
Qué traerá?»

o que confiesa en un instante de sinceridad que su alma ha sufrido las lluvias de todas las desventuras y no tiene más nido que el amor del bien adorado. Y cuando se hace más intensa la melancolía, evoca las sombras de los grandes desesperados del arte para oír sus lamentos angustiosos y después de unir su clamor al de ellos.

Ay! es cierto que todos decimos como Ruekart; dadme alas, dadme alas!<sup>8</sup>

Ya la muerte ha mostrado su pálida faz, y el torneador de las sonrisas desea morir.

«Cuando la vida grita aún soy tuya, –Aunque sepamos bien que nos traiciona.»

Balzac, en un juicio célebre, solo reconocía a tres de los grandes poetas, sus contemporáneos, el derecho a llamarse buenos prosistas. Citaba el príncipe de los noveladores a Hugo, Gautier y Vigny. Si extendemos el examen a los líricos americanos, al número fijado por Balzac poco podría aumentarse. Pecan nuestros modernos, aún artistas tan eminentes como Lugones y Argüello en el grupo, por la excesiva florescencia de la frase. Las imágenes se atropellan, como caballos indómitos, que acostumbrados a galopar por las pampas de la métrica, encuentran estrecho el murado espacio de la prosa; la riqueza ampulosa del párrafo aturde, y oídos y mente se apartan, a veces deslumbrados, mas nunca complacidos, a deleitarse en otros autores más conocedores de las severas leyes del período. Casi todos los suramericanos han sido atraídos por el torrentoso verbo castelarino<sup>9</sup> o por las prodigiosas músicas de D'Annunzio<sup>10</sup>, y pocos, contados, son los sordos a la voz de las sirenas.

---

<sup>8</sup> Alusión al poeta romántico Friedrich Rückert (1788-1866), a quien cita Théophile Gautier en su poema “Lo que dicen las golondrinas” del siguiente modo: “Alas quiero tener, dadme unas alas / como dice aquel cántico de Rückert”.

<sup>9</sup> Alusión a Ernesto Castelar (1832-1899).

<sup>10</sup> Gabriele D'Annunzio (1863-1938), prolífico y versátil escritor italiano afiliado al dandismo, al esteticismo y al decadentismo.

Gutiérrez Nájera era de esos pocos escogidos. Su estilo, soberano en el verso, ceñía también diadema en la prosa; y ya nos refiriera su conferencia asombroso cometa, de modo que hacía regocijar la sombra de Banville<sup>11</sup>; ya trabajara prestigioso cuento o aturdiere a los españoles proclamando en espiritual crónica a Luis Taboada como la primera figura literaria de la Villa y Corte, siempre el Duque Job mostróse digno de la aristocracia de su cuna en el palacio de las letras. Nada allí de hojarasca inútil, se aprecia en aquel jardín el mérito de la poda, y el árbol que surgía, fuerte, airoso y noble, podía resistir impunemente los vientos de la crítica y las caricias de las manos ad-versarias.

El sacro océano de la poesía es una pálida tarde de Otoño. Boga un barco y otro barco y otro barco... A la costa maravillosa de la isla afortunada de los Bardos se acerca una yola azul de velas de seda y remos de plata. Las ninfas se amontonan en la orilla, ávidas de escuchar el canto de los recién llegados. Mas sólo oyen un llanto silencioso. En el puente del buque, sobre montañas de rosas y lirios y claveles, tendido, frío, inmóvil, está el cantor de otros días, muerto y aún no resucitado. La yola sigue avanzando hacia la tierra prometida. Ah! Se me olvidaba: en un rincón llora; con el rostro entre las manos, la Música de América. El ciego de la barba de nieve sonríe tranquilamente en la playa.

(Escrito para LA DEMOCRACIA.)<sup>12</sup>

### **Julián del Casal**

Amueblad por un instante una estancia caprichosa. Puede ser un gabinete pompadour<sup>13</sup> con espejos y divanes y lecho enriquecido por Watteau<sup>14</sup>, o un pabelloncito japonés de paredes de tela

---

<sup>11</sup> Théodore de Banville (1823-1891), precursor del parnasianismo.

<sup>12</sup> *La Democracia*, "Gutiérrez Nájera", año XVII, número 4, 489, 18 de septiembre de 1906; pp. 3-4.

<sup>13</sup> Pompadour, derivada de la moda que impulsa la Marquesa de Pompadour, Jeanne Antoinette Poisson (1721-1764), Madame de Pompadour, amante de Luis XV de Francia.

<sup>14</sup> Jean-Antoine Watteau (1684-1721), exquisito pintor francés del Rococó.



donde en grata confusión se agrupan tibores<sup>15</sup> y plantas de loto y enormes crisantemos y olorosos magnolios; amueblad por breves minutos tal caprichosa estancia para conceder en ella hospedaje a Julián del Casal, eterno adorador de la belleza extraña, fina y complicada.

Su vida fue hermosa. Paseó por el mundo sus ensueños de arte, su idolatría de lo raro, la amargura de su alma herida, y, en día luminoso que el dolor ensombreciera, recibiendo en plena cara el resplandor caliente del sol de la gloria, joven aún como el divino Sanzio<sup>16</sup>, murió al final de un banquete de un ataque de hemoptisis<sup>17</sup>. La horrible mano de Némesis<sup>18</sup> debió detener, como a un ave asustada, la última de las rimas doloridas en los labios del ruseñor cubano.

Fue Casal uno de los apóstoles más fervorosos y excelsos del modernismo. Su espíritu entusiasta había retrocedido con frío ante la severa expresión de los clásicos y fue a crearse en los risueños templetos bañados de luz y calor y dicha que con tanto amor manifiestan poco acaso los príncipes del verso francés. Él también amaba las cálidas patrias del opopónax<sup>19</sup> y el champaca<sup>20</sup>; él también era un alma compleja y enferma del mal moral del siglo –no lo llamaron el hijo espiritual de Verlaine?– él también era un devoto sincero de la religión de la forma; y como ellos propicio se hallaba a exaltar la japería y el rococó, las dos grandes conquistas de los Goncourt<sup>21</sup>, y a rendir como ellos culto al paganismo sensual, fecundo y delicado (Oh, dulce habitáculo de los Dioses!)

---

<sup>15</sup> Tibor: vaso grande de China o del Japón, esmaltado y decorado exteriormente. Ver Ramón Sopena, *Nuevo Diccionario ilustrado de la lengua española*, Barcelona, editorial Ramón Sopena, 1936. pág. 1130.

<sup>16</sup> Raffaello Sanzio (1483-1520), mejor conocido como Rafael, pintor italiano del Renacimiento.

<sup>17</sup> Hemotisis o hemoptisis: hemorragia de la membrana mucosa pulmonar. Caracterizada por la expectoración de sangre. Sopena, *op. cit.*; p. 1333.

<sup>18</sup> Diosa de la justicia.

<sup>19</sup> Opopónax: mirra.

<sup>20</sup> Champaca: magnolia.

<sup>21</sup> Jules y Edmond Goncourt, hermanos escritores franceses afiliados al naturalismo, famosos por su novela *Germinie Lacerteux* (1865).

A su alrededor tenía los palmares donde la brisa murmura, el vívido vuelo de los irisados colibrís, al horizonte inflamado del Trópico, las miradas hondísimas de las criollas de fuego; sobre su cabeza la turquesa del cielo permanente del azul de Cuba; a sus pies la esmeralda del sinfónico mar de las Antillas; detrás de él la epopeya radiosa, y él prefirió cantar el ojo glauco de Polifemo, a Petronio agonizante entre hermosas con un postrer dáctilo en la exangüe gola, a Salomé cubierta de ardiente pedrería danzando, con el loto de pistilos de oro en la mano.

Porque aquella alma selecta sólo podía gustar de lo bello viéndolo en distancias intangibles, ya fuese en las penumbras de las leyendas, o en el espejismo de la lejanía. Hubiera sido nuestro Gautier a no haberle quemado el gaznate el ajénjo del vivir. Que ante todo y sobre todo él era un colorista, el primer colorista americano. Ninguno en tierras del Nuevo Mundo lo igualó en la plasticidad del verbo. El adjetivo sabio y acertado, los consonantes sugestivos, la imagen deslumbradora y completa, parecido en todo a imperial tisú donde las joyas irradian vistosísimas luces policromas, feudo fueron del opulento rimador de *Hojas al Viento*. Él sabía penetrar en las esferas donde, según la frase de Emerson, el aire es música, y de allí raptaba la euritmia subyugadora aquella su poesía sonora y viva, aquellas palabras que parecían cantar.

Algunas de esas palabras seguían avispeando en los oídos del creador, y asediándolo con la melodía inquietante, una vez y otra vez aparecían en sus estrofas, presenciándoles ese paladeo singular que las caracteriza. Como el minero que no acierta a desprenderse del tesoro que sacara a luz de la férrea entraña, el más exquisito de los vates rehusaba entregar a manos inhábiles el vocabulario rico y armónico por él ennoblecido.

Motivo fue esto para que Rueda, el lírico notable –en una crítica sobre *Nieve*, elogiosa por lo demás en extremo– reprochara la penuria de su léxico y lo invitara al estudio de los maestros del siglo áureo, a él que ya se disponía a entrar por el noble pórtico de la Muerte al templo de la Inmortalidad. Bellas ironías tiene la vida.

En su patria Casal fue un desterrado voluntario. Las bellezas a su vera no existían para este visionario. Muy claro dijera que el ambiente

enfermizo de su alcoba para él era más halagüeño que la atmósfera límpida y que el aire puro. En hora buena que la vulgaridad soberanease la tierra. Qué cuidaba de eso el soñador que como el chiquillo del cuento delicioso de Mendès, podía herir al cordaje de violín milagroso, y, al conjuro mágico escalase los países de la fantasía y subir a los palacios de lo inexistible y jugar en los vergeles de lo increado? Allí las visiones adorables de historia y leyenda, las pálidas musmés<sup>22</sup> de ojos oblicuos, allí los camarines esenciados de las reinas del Este, y las músicas embriagadoras, y los perfumes enervantes y las gemas de los mil ojos. Oh gentiles ciudades del poeta, sólo para él abiertas!

La vida no fue de miel para el amoroso de la rareza. Como para el autor de *Sagesse*, aunque de modo distinto, la tempestad del pesimismo también llegó para él. Muy temprano empezó a preguntar. «Qué hace el huérfano en el mundo?»

Y los años solo lograron añadir nuevo sedimento a estos primeros acíbares. Bien alto proclamara que estaba de cuerpo presente el dios de su entusiasmo, y un día en un rasgo de sinceridad verlenesca, plañó.

«Mujer, respeta a un muerto.»

Ya en un sueño poeniano había visto su cuerpo lánguido bajar al fondo de la fosa pestífera mientras croaban los negros cuervos siniestramente.

Este sabor sombrío de su producción engañó a muchos que creyeron ver una pose más o menos fingida en los acerbos gritos de su espíritu. Mas el dolor no se finge, y la serena melancolía de los versos de Casal no era juego de palabras. Solo llevando la muerte en el alma, sólo un moribundo podía decir a Juana Borrero, su hermana en sueños, que en ella veía la tristeza —«De los seres que deben morir temprano».

Y así, cantando como un cisne, murió el más escogido, el más grande (perdone la sombra de Heredia) de los trovadores cubanos.

Feliz él a quien besó la Gloria con su caricia tibia y generosa; feliz él que murió en plena juventud como los amados por los dioses! Fin-

---

<sup>22</sup> Japonesa.

jámonos su gozo cuando al entrar en la mansión paradisiaca de los serafines que tienen cuerdas de luz en las liras sonantes, imaginemos su gozo cuando ante sí vio a la más bella de las geishas, a Flor de Jazmín, ofrecerla con mano temblorosa un crisantemo con pétalos de oro...

(Escrito para LA DEMOCRACIA.)<sup>23</sup>

### **Guillermo Valencia**

Estamos en el principado artístico de Leconte de Lisle, grande, tremendo y poderoso señor. Entre estas ásperas montañas, inútil es buscar rientes arroyuelos, alamedas claras y alegres, vaporosos palacetes de mármol; golondrinas y ruiseñores no osaran posar su vuelo tímido en la tenebrosidad de esta selva, nido de cuervos y búhos; claveles y mirtos jamás aquí florecieran; pero veréis en trueque severos templos dóricos, alcázares góticos como no los habitó mejores Don Pedro de Castilla, y avenidas de laureles que pueden escuchar la voz de Platón; sentiréis bramar el aliento fogoso del desierto, veréis al dromedario bosquejar su tribulosa silueta en la vaga caravana que marcha a la Meca, y si buenos ojos tenéis, quizás alcancen a vislumbrar lejos, muy lejos, la portentosa ciudad de la Angustia, con sus murallas de hierro y sus torres incontables.

Lejos, muy lejos, he dicho, veréis la tremenda construcción del jefe del Parnaso, porque este caballero feudal que aquí os presento, si ha edificado su mansión en tierras que han complacido su alma austera y primitiva, con desdén rechazara la proximidad demasiado protectora de los torreones de su duque, y, a la menor imposición, partido hubiera, lanza en ristre y oriflama en alto, a requerir en paraje más benévolo un pico donde elevar su nido de rapaz independiente y fiera.

Un libro bastó para la fama de Guillermo Valencia. Asistimos a una velada en Florencia, en una de las noches amables del Renacimiento, dignas de la pluma de Boccaccio. Música insinuante alegre

---

<sup>23</sup> *La Democracia*, "Julián del Casal", año XVII, número 4, 501, 2 de octubre de 1906; p. 4.

los salones; se oyen carcajadas frecuentes en los corrillos; una anti-fazada de ojos brillantísimos pasa escuchando los requiebros de un joven caballero; todo es animación; cuando de pronto se introduce un fraile, uno de esos fanáticos adolescentes que Savonarola ha catequizado, y, en una oratoria tan armoniosa que parece una dulce melodía, empieza a hablar del más allá. Los músicos, aturcidos, callan; todos le escuchan. Tal la revelación del trovador del Cauco. Nos hallábamos a su advenimiento inesperado en pleno decadentismo; se conocían los modos seductores de la nueva escuela; los perfumes exóticos estaban ya agotados; se había tronchado tanto nelumbo<sup>24</sup> que todas las flores parecían marchitas; las mismas ideales marquesitas cuando menos muy cuidadosas no las conducían, tornábanse descoloridas y como muertas; todas las recientes construcciones se resentían, pese a las ínfulas, de falta de novedad, y a pesar de ello, sonatinas y sinfonías y nocturnos llenaban las revistas; valoremos la sorpresa de los jóvenes adalides, cuando en medio de sus festivas divagaciones, ecos unas de otras, y todas de obra primitiva y mayor, valoremos esa sorpresa cuando se hizo la inmensa voz de *Ritos*.

Aquello era fresco, escogido y grande. Fue admirado ¡y horrible destino de las cosas bellas y originales! Fue imitado. Las excursiones a Versalles, entonces en moda, los paseos por las solitarias alamedas, cayeron en desuso. Nadie se complacía en vagar por París desde el momento que había quien peregrinaba por las rojas arenas de los Saharas, y de ellas traía imágenes de belleza casi sublime. La poesía grandiosa y severa de las soledades llenó las imaginaciones. López Penha, mi desconocido amigo de orillas del Magdalena, afirma que es la estrofa de Valencia.

«Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices –De verdes ojos claros, y piel sedosa y rubia,– Los cuellos recogidos, hinchadas las narices, –A grandes pasos miden un arrenal de Nubia.»

Que esta estrofa sugestiva bastó para que no apareciera en América versésico en traer por lo menos un dromedario melancólico y dos camellos enfermos. Era la glorificación del giboso.

---

<sup>24</sup> Nelumbo: planta acuática.

El fuerte sabor oriental sedujo los ánimos. Como toda creación poniente, la obra del estadista colombiano decía menos de lo que sugería. El evocador se encontraba a sus anchas en el campo conquistado; con los conocidos versos de Mallarmé *La chair est triste hélas!...* por él traducidos magistralmente, pudo exclamar,

«Nada en el mundo, nadie demorará mi espíritu. Que en el amargo zumo del piélago se empapa. –Yo partiré! Tus mástiles erige con pres-teza, –Oh, buque y leva el ancla –Con rumbo hacia una exótica feliz naturaleza!»

Y una vez en las tierras lejanas, en los países donde primitivos imperios existieron y triunfaron y cayeron, sentir despertarse su predilección hacia los humildes, hacia los sumisos, hacia los pobres. Predilección esa que puebla con entristecedor encanto las páginas de *Ritos*.

Por ellos desdeñan los dolorosos rebaños de la existencia; hay voces de piedad para los fieles animales consagrados al hombre; los grandes abatidos nos dejan a rato oír sus quejas, y todo este alcázar, asilo de la melancolía, construido con el puro gusto y la sabiduría de un artífice. El Pasado, serio anciano de la barba gris, ha obtenido en él alojamiento.

«Llegad calladas horas de mágico recuerdo» ha suspirado el alma en un día de nostalgia; una de las más claras estancias está consagrada al Paganismo moribundo que más adelante hará decir al poeta alarmado por el sopor en que yace,

«Tu párpado sangriento levantas, oh gran vencido» pero limitación lamentable! a alguien ha sido negada hospitalidad en ese almenado castillo. Eros; el dulce dios de las almas, no halló acogida; no.

«No allí busquéis los dardos del pícaro Cupido –Que en vano los quebrara sobre un empedernido» inscribía León Soto, estimable poeta ya fenecido en el arco triunfal que erigiera para bienvenir la aparición de *Ritos*. No extraño tal desvío, pues las travesuras del hijo de Venus mal armonizaron con el ascetismo de este barón de hierro. Castigo lleva en la culpa.

Pese a tal voluntario ostracismo, vientos de progreso soplan aquí en todas direcciones. Desde esta única atalaya se divisa lejos, y los jardines que os abren sus verjas si no atesoran frágiles florecillas repletos están de esbeltas palmas, gloriosos lauros y robles centenarios.

El alejandrino, desdeñado por Díaz Mirón, Casal y Gutiérrez Nájera, despliega en todo su esplendor sus alas victoriosas. Y en todas las estrofas se adivina un puro amorador del arte que, si desestima los joyeles baratos, sabe en cambio cincelar gemas de alto precio con mano de orfebre.

Guillermo Valencia parecía dormir, gladiador cansado por su enorme esfuerzo sobre los viejos laureles. *El Herald de Istmo*, simpática revista panameña, me sorprende con la noticia de la próxima impresión de un nuevo poema suyo, en Buenos Aires. Acabo de leer las primicias del libro. El héroe de ayer, fiel al escenario de sus primeros éxitos, torna a inspirarse en el caduco Oriente. Zarathustra, divinizado por Nietzsche en el libro famoso, va a hacer vibrar las bronceínas cuerdas de la lira del primer poeta colombiano. Tomo por el *triunfo* de Guillermo Valencia, no por su gloria ya asegurada sobre base granítica.

En efecto, las garras del león dejan muy profundas huellas, y la águila del mago persa es como propiedad del filósofo germano. Y mirando a otro lado, el fragmento por mí leído de Zarathustra considérola inferior a la primera cosecha de Valencia, sin el hechizo de la novedad en la forma, ni la atracción de lo misterioso en el fondo.

Mas quién sabe, quién sabe! Quién sabe qué grandezas augustas va a revestir la leyenda del dramaturgo, del profeta, del creador de una fe hermosa, humana y consoladora, al contacto de este talento vigoroso y brillante. Y no temamos comparaciones. Bien debe conocer el titán su fuerza cuando se acerca confiadamente a tentar el arco donde un día se ensayara la mano fuerte del viejo Odiseo!<sup>25</sup>

## **Amado Neruo**

Fínjome a Amado Neruo en los umbrales de la sonreída juventud, sintiendo el alma plena de himnos y canciones y madrigales, deteniéndose en la encrucijada del azar para escoger la senda que ha de conducirlo al escallo de la cima suprema, la Gloria. Terrible instante ese, brusco despertar, golpe de muerte a las ilusiones. Ha llegado

---

<sup>25</sup> *La Democracia*, "Guillermo Valencia", año XVII, número 4, 507, 9 de octubre de 1906; p. 4.

tarde –nadie se levanta bastante temprano en este mundo– y con angustia infinita hay que reconocer que todos los caminos están llenos. Si quiere marchar, tiene que ir en pos de alguno, y, a este sitio secundario, los valiosos no se resignan fácilmente.

Fínjome a Nervo, en este instante único, explorando detenidamente todos los senderos. En la vereda selvática, quemada por un cálido aliento de pampa, truenan los golpes del leñador robusto, que por ella se abre paso a fuerza de fuerza; tal otra vía, ancha y espaciosa, donde las cataratas llevan sus nubes y coronas las águilas con sus vuelos asombradores, puéblala el cortejo glorioso de un soberano del harpa, cuya voz encanta los espacios con música; por la otra, por la más bella, adorada por las flores más caprichosas, en cuyos árboles anidan las aves más raras, senda de oro que parece hecha para sostener la blancura del cuerpo de las ninfas, transita él, el príncipe desdeñoso que en torno no admite más que súbditos humildes y prontos a vestir su librea.

Amado Nervo debió tentar cada uno de esos caminos, y regresar desesperado a la encrucijada primordial, desesperado de convertirse en vasallo, él que en sí sentía alma de monarca, y ¡oh gozo el suyo! al descubrir en uno de esos instantes de abatimiento una senda solitaria y abandonada que invitaba sus pasos.

Afable senda esa! Velos como de incienso la envuelven; la zarza mosaica allí arde en las llamas de la fe; el azahar, los lirios, rosas, perfúmanla; vese a su término la pobre capilla, cuya puerta abierta parece, muda boca, llamar a plegaria; las esquilas plácidamente; y por el ramaje claro miran unos ojos tristes; los ojos de Cristo! Senda afable esa!

Si hubo tierra alguna regada por manantiales puros y armoniosos que rindiera cosechas opimas<sup>26</sup>, si existió tal tierra en alguna literatura, nunca superó al prado ameno que cultivaron con piadosa labor la santa de Ávila, el fraile de León, el beato de la Cruz. Por esos terrenos del misticismo atravesaba la senda que sedujo al autor de *Perlas Negras*.

---

<sup>26</sup> Opima: copiosa, abundante.



Mas ah! Se indignarían los maestros de piedad si vieran a qué usos fue destinada su herencia. Como aquellos bárbaros que, después del saqueo de Roma, profanaron los vasos sagrados en sus orgías, el nuevo asceta ha revestido tono quejumbroso, habla desencantado, apariencias místicas, solo para doblegarse ¡gran impuro! a las atracciones de la lujuria, para creer ¡condenado a gusto! en la hoguera de todos los deseos.

Los efectos mágicos de los vidrios coloreados según él sólo sirven para nimbar la figura amada; la campana que semeja una profesa encarcelada no viene más que a evocar al perverso que se mató adornado; Sor Quimera, Hermana Melancolía, únicamente porque aparecéis hechiceras bajo vuestras tocas es que se os canta; en vano el alma oirá la voz con que espantó Hamlet a Ofelia, «Vete a un convento». Del monasterio que sueña este anacoreta con placer sería íncola<sup>27</sup> un abate licenciado de la corte de Luis XV; en los rostros de lirio enfermo habrá siempre una sonrisa, las manos de cera ofrecerán caricias, los labios rezarán, pero los ojos buscarán el sitio donde dejar un beso; y allá, en el altar luminoso, sobre la faz descarnada de Jesús Cristo, mostrará su sonrisa bonachona y fresca de Eros, amador de la vida. De estas penitencias, mándeme Dios.

Pero no adoró solo en estas capillas el poeta mejicano; algunas de las flores más hermosas de su corona fueron tronchadas en los caminos donde se aventuró, siguiendo las huellas de precursores más cercanos y más joviales. En contados casos los aciertos han sido menos completos. Aunque el soplo épico de ciertas composiciones de «Lira Heroica» parezca desmentirse, entiendo que los arreos bélicos no sientan bien al rimador de «Rondós y Rondeles.» Esos labios acostumbrados a la dulzaina no acaban de acomodarse a la embocadura de la trompa.

Para mí siempre –siempre no es a veces más que algunos instantes– se antepondrá al grito hondo pero hueco de su pseudo misticismo, al aparato de sus odas, la ternura de otras composiciones más espontáneas, más ágiles, donde el sentimiento charla más que las palabras.

---

<sup>27</sup> Íncola: habitante o morador de un lugar.

Entre ellas domina poema deleitable, cuyo sabor bíblico y extraño me hace recordar la producción del insigne Eugenio de Castro. Menciono «El Prisma Roto», trabajo de juventud, rebosante de gracia, ingenuidad y frescura. Claridades de oro bañan la escena; es paz y abandono; el ambiente se halla cargado de patriarcales ternezas, las bocas buscan las bocas, la carne se entrega dócilmente a las caricias de la carne, son las horas como urnas amorosas. Naturaleza sonríe; la misma Muerte aparece risueña entre los lobos y los claveles de la nueva Arcadia. La cándida sencillez del verso presta mayores galas a la mansedumbre del cuadro, que es una armonía de vida bajo el cielo azul, techo de los idilios.

Sin recelo alguno, puedo consignar alto elogio para las prosas de Nervo. Tal vez yo las deseara más vivas, más rollizas, con más roja sangre bajo la viva epidermis, mejor marcadas con un sello propio; pero ¡calle la necia critiquilla! y reconozcamos en ellas dignas hermanas del verso soñado.

«Como el oro sin la liga

Dúctil y poliforme, claro y bello.»

Leo que a «Primeros Poemas» y a «Perlas Negras» se ha unido ya el anunciado «Libro para Ella.» No lo he visto aún; no sé si la lira del autor ha hallado por fin en una nueva altura esa paz moral que permite producir las obras más razonadas y más duraderas. Permítame, pues, Amado Nervo, ofrecerle respetuosamente un consejo.

Desatienda llamamientos aduladores y por lo tanto malévolos; recuerde que para llegar a la gloria no hay más que un camino, el viejo camino; oiga todas las voces pero dénos solo la suya; frecuente menos los claustros y espáciese más por los campos de la vida; y si quiere obtener linfas sanas y refrescantes e incorruptibles, toque en la peña, como el caudillo hebreo, hiera el corazón, y verá cómo al choque milagroso, saltan los eternos raudales de la armonía eterna...

(Exclusivo para LA DEMOCRACIA.)<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> *La Democracia*, "Amado Nervo", año XVII, número 4, 513, 16 de octubre de 1906; p. 4.

## Julio Flores

Gocemos. El aire que los pulmones absorben trae por fin el ozono fresco y saludable de los campos; con enorme toro a la cabeza, trota una vacada frente a nuestra vista; oímos un murmullo y ¡oh placer! no es ningún océano de acuarela, es el monstruo Caribe que nos salpica con sus espumas; acá, junto a nosotros, hay un humilde camposanto, y por el camino orillado de sauces discurre un bohemio de tez pálida que lleva un manojo de siemprevivas a la tumba de su madre. Es el poeta dulce; es Julio Flores.

Después de tanto faisán de pluma dorada y de tanto pavo con la cola de iris, regocija al espíritu encontrarse con este cisne. Rara avis. He dicho cisne, pero con más acierto dijera alondra o golondrina, porque la poesía de Flores es triste, lúgubre en veces.

Entre la juventud literaria de Colombia, la alta figura de Valencia exceptuada, no hay quien con él parangonarse pueda. Sus composiciones, cortas todas, (a lo menos las que yo conozco) son de una sensibilidad tan expresiva que conmueven más que largos poemas.

«Cardos y Lirios», último volumen compilado por este soñador, a cada paso ofrece títulos como éstos: «En el cementerio», «Mi tumba» y «Resurrecciones», donde aparece murmurando este verso:

«Algo se muere en mí todos los días», eco vivo del Eclesiastés puesto en verso por un decadente francés. Cristo ilumina una de sus elucubraciones, mas no es el Cristo caprichoso de Nervo, voceando ante un sepulcro con frase mefistofélica, «Ya hiedes». Aquí se pinta al Nazareno, la sangrienta hostia de paz que asciende el Gólgota y, ante la súplica de un creyente que exige la punición de los verdugos, sigue trepando sin decir nada.

Las reminiscencias de Bécquer son intensas en esta obra, pero de un Bécquer enmendado por Bartrina. Ya es vieja la última influencia. En el que los gusanos esperan a la hermosa para devorar sus carnes, son primos de los infusorios de la gota de agua, y gemelos de aquellos otros gusanos que alzan sus horribles cabezuelas en el fondo de la hoja.

Debe la poesía de Flores mérito sobresaliente a la sinceridad. Las dudas que encrespa la mente, las torturas del espíritu él las lanza al rostro de los lectores, no importa si revestidas de la incorrección original

nada significa sino pulidas. No es él un orfebre del idioma que pierde tiempo seleccionando palabras exquisitas. Sí un sensitivo ávido de transmitir su mensaje angustioso. Así satisfecho de un elegante desaliño, no rebusca vocablos, desdeña los adornos, aristocratiza las voces, aún las más vulgares y surge el canto, fácil y armonioso como de ave.

Bajo todos los cielos, en todos los tiempos, han existido seres de esa índole abnegada que en vez de componer retóricas, entregan fragmentos de su corazón, seres que no clamorean, «admira mi arte», pero que dicen sencillamente: «toma mi alma». Feliz privilegio el de esos escritores entre los cuales sumamos a Heine, el más grande de ellos; a Musset el más simpático, y a Bécquer, el más débil. Privilegio feliz el que ellos disfrutaban. Se les acompaña en sus lágrimas; sus versos, únicos entre todos, son leídos con efusiva ternura; búscanlo las doncellas al pisar los áureos dinteles azules de la adolescencia, y los enamorados los repiten haciendo de ellos breviaros tiernos de la adoración. Tales estrofas (a ellas pertenecen varias odas de Safo, el Nocturno de Acuña, algunos poemas de Mickiewicz, muchos de Burns, y ninguno de Victor Hugo) son joyas de la literatura, porque todas encierran la perla más preciosa: el sentimiento.

La manera de Flores excluye los arrebatos clamorosos de un Lugones o Díaz Mirón. Cuando más se acerca a ellos en sus raros instantes de sonorismo, por un arte originalísimo pone su nota personal inconfundible el bronce de los instrumentos, haciendo así suyo el himno que brota como en estallidos de volcán que antes mostrara sus cenizas y ahora eleva sus llamas.

Pero en el madrigal, esa composición diminuta hecha toda de suavidad y dulzura, es donde él pisa terreno propio y donde no tiene competidores que emulen su maestría. Nadie los ha producido más lindos y más apasionados. Algunos han dado la vuelta al Nuevo Mundo, señaladamente aquel donde desea arrancar los ojos de la amada para castigar su ingratitud y hacer más bello el luminar del día. Pero extraer esa página es como mutilar una gloriosa estatua, y repetirla es ofensivo, pues la saben de memoria todas las personas de buen gusto literario.

El valor de Julio Flores es insigne. Cuando en toda la América latina no se soñaba más que en paladear el ajenjo verleniano o en robar

licor al ánfora del gran Ibad, él se acercó tranquilamente a llenar su vaso en las corrientes del alma. Por eso su poesía deja una impresión grata y profunda. Ese arte ingenuo enamora los espíritus cansados de vagar por construcciones forasteras donde no se atenten a sus anchas.

Eso puede explicar la popularidad inmensa de nuestro bardo. No vino a añadir una columna más al templo monstruoso, donde al mármol de artistas soberanos se mezcló el basto ladrillo de tanto lacayo de la inteligencia. No; él se contentó con erigir una quinta, nido de amor y melancolía. Pasiones de juventud ambas, y abrir sus puertas diciendo «Para todos.»

Ante mi corazón tienen los versos de Flores otra bondad inestimable. Musa que los preside es la madre del cantor. Él confiesa que la idolatra, a pesar de que le dio la vida, y a dar fe de su afirmación vienen con letras de luz los sonetos recién escritos y dedicados «A mi madre muerta.» Yo que adoro a la mía, me encanto leyendo esos derrames de la sensibilidad y siento como si allá adentro, en las honduras del alma, se levantara en eco resonante y lleno de agradecimiento.

Sí, poeta; tu lloro por la tuya muerta me ha hecho amar más a la mía viva. Y te diré terminando que no acabo de entender tus tristezas. La vida tiene nubes, mas éstas no pueden empañar para siempre el sol de la dicha, el sol que hace a las noches buscar el cielo e inspira a las aves himnos gloriosos. Y tú no tienes derecho a estar triste, tú a quien pueblos enteros acogen con aplausos y cuyos versos murmuran las vírgenes de tu patria con voz emocionada y alma crepitante...

El mundo que nos acompaña en nuestras lágrimas merece también nuestras alegrías.

(Exclusivo para LA DEMOCRACIA.)<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> *La Democracia*, "Julio Flores", año XVII, número 4, 518, 21 de octubre de 1906; p. 4.